

Venezuela, la batalla de la narrativa (I)

CARLOS FAZIO :: 04/07/2017

La palabra terrorismo es aplicada siempre al terrorismo del otro, mientras que el propio es encubierto mediante eufemismos

Bajo el signo de una violencia planificada, caótica y desestabilizadora, desde hace 90 días se vienen librando batallas en Venezuela que exceden lo habitual. Detrás de la aparente lucha por la democracia –que enfrenta a partidarios de la democracia liberal representativa con quienes buscan profundizar la democracia participativa, directa y protagónica–, se vive una guerra irregular que utiliza formas de violencia hasta ahora desconocidas en el país, cuyo objetivo es generar miedo y terror en la población. Un terror paralizante.

Es un nuevo tipo de violencia o de acción directa con reminiscencias neonazis, practicada por pequeños grupos foquistas bien entrenados y disciplinados, que actúan en cohabitación con elementos del hampa, la delincuencia organizada, paramilitares, aventureros y desclasados, que cuentan con armas convencionales y caseras y recursos y una logística no habituales en partidos u organizaciones políticas que arguyen luchar por la democracia y la defensa del orden constitucional. Además de contar con una abrumadora cobertura mediática internacional.

Es una violencia distinta a la del golpe guarimbero de 2014, ya que en la actual coyuntura la ofensiva ultraderechista de la cúpula empresarial (Fedecámaras), de las fracciones más reaccionarias de la Mesa de Unidad Democrática y la jerarquía de la Iglesia católica local, e intelectuales orgánicos apologistas del golpismo, ha incorporado al “factor paraco”. Es decir, paramilitares y sicarios del narcotráfico colombiano ligados al uribismo, entre cuyas misiones está construir corredores fronterizos y promover operaciones extraterritoriales.

Asistimos, pues, a la irrupción de una estructura “paraco-malandro-terrorista” que le arrebató la conducción de la lucha callejera (las llamadas “movilizaciones pacíficas”) a la dirección formal de la MUD, y cuyo resultado ha sido una nueva modalidad violenta de corte terrorista, enseñada en los laboratorios de la *guerra sucia* del Pentágono y practicada y experimentada en Colombia en el último cuarto de siglo.

¿Dónde están los verdaderos responsables de la violencia fratricida? ¿Quiénes entrenan a los terroristas? ¿Quiénes los financian y les proveen las armas, los costosos equipos y la logística que les permite operar durante meses?

Percepción mata realidad

En la etapa, como antes en Colombia, Afganistán, Irak, Libia, Ucrania y Siria, el terrorismo está ganando parcialmente la guerra en Venezuela. Terrorismo es el uso ilegal, calculado y sistemático de la violencia premeditada para inculcar o provocar miedo e intimidar a una sociedad o comunidad. Es una forma específica de violencia. Como táctica, es una forma de violencia política contra civiles y otros objetivos no combatientes, perpetrada por grupos clandestinos, mercenarios o bandas organizadas.

El terrorismo no es un *adversario* sino tan sólo una forma de violencia política que, en ocasiones, como sucede actualmente en Venezuela, sirve para edificar la arquitectura de una intervención militar extranjera directa bajo fachada “humanitaria”.

Junto con la guerra psicológica, las operaciones clandestinas de las fuerzas especiales y las guerras económica, bacteriológica y electrónica, la práctica del terrorismo vía escuadrones de la muerte o grupos paramilitares –como instrumentos principales de la *guerra sucia*–, es un componente clave de la guerra asimétrica.

Según los manuales del Pentágono, la noción de asimetría no alude a la perspectiva de un simple desbalance en la paridad de fuerzas con el enemigo, sino que supone una metodología que emplea tácticas irregulares o no convencionales que permitan maniobrar con el menor costo político y militar posible al promotor o actor estratégico encubierto (el llamado “liderazgo desde atrás”).

Un elemento esencial para la eficacia del accionar terrorista son los medios. En una guerra no convencional, de desgaste, como la que tras bastidores libra Estados Unidos contra Venezuela, las verdaderas batallas se dan en el imaginario colectivo. El Pentágono da gran importancia a la lucha ideológica en el campo de la información. Usa a los medios como arma estratégica y política en la “batalla de la narrativa”. Se trata de dominar el relato de cualquier operación, militar o no. “La percepción es tan importante para su éxito como el evento mismo (...) Al final del día, la percepción de qué ocurrió importa más que lo que pasó realmente”.

Bajo la batuta de Washington, en el marco de un proceso tan dinámico como el venezolano tras la llegada al gobierno de Hugo Chávez en 1999, los grandes medios occidentales han venido trabajando en la desestructuración de las bases del entendimiento colectivo y el sentido de pertenencia y de Nación de un sector mayoritario de la población. Y a través de un cuidadoso y constante trabajo de socavamiento simbólico, se dedicaron a bombardear el proceso de cambio radical de la sociedad mediante campañas de intoxicación desinformativa. Así, mediante la repetición *in extremis* de determinadas matrices de opinión, la más de las veces sustentadas en mitos, datos falsos y medias verdades, Estados Unidos y los medios cartelizados bajo control monopólico privado han logrado fabricar en el exterior la falsa percepción de que en Venezuela existe una “dictadura”.

Pero un régimen totalitario no permitiría los agravios, los sabotajes, los actos vandálicos y los ataques a unidades militares y policiales, a centros industriales, a instalaciones gubernamentales y a servicios públicos clave como el Metro o los 50 autobuses del Transbolívar quemados. Tampoco los aberrantes excesos de unos medios que operan como la principal oficina de propaganda de los terroristas y sus patrocinadores encubiertos.

En todo conflicto, la guerra mediática –también llamada de cuarta generación–, es el preámbulo de la guerra estratégica. En ese contexto, lo que cada día transmiten los grandes corporativos mediáticos no es la verdad sobre Venezuela. Lo que presentan como realidad CNN, O’Globo, Televisa, el Grupo Clarín, la BBC, Deutsche Welle, El País de Madrid, la Red de Diarios de las Américas miembros de la SIP (Sociedad Interamericana de prensa) y otros oligopolios privados no es tal.

Aunque el enfoque de la cobertura noticiosa tiene que ver con la disputa por la hegemonía (Gramsci), no se trata de un mero problema ideológico o de clase. Junto con lo militar, lo económico, lo cultural y lo espacial (el aspecto geopolítico y el control de territorios), el terrorismo mediático es consustancial a la llamada “dominación de espectro completo” (*full spectrum*), noción diseñada por el Pentágono antes del 11 de septiembre de 2001.

Dado que el espectro es político, geográfico, espacial, social y cultural, para imponer la dominación se necesita manufacturar el consentimiento. Esto es, colocar en la sociedad “sentidos comunes” que de tanto repetirse se incorporan al imaginario colectivo e introducen, como única, la visión del mundo del poder hegemónico.

La dominación de espectro completo impulsada por Estados Unidos desde el Comando Sur, combina distintas modalidades de la guerra no convencional así como diversas estrategias y tácticas guerreras asimétricas con la finalidad de adaptarse a un escenario complejo: la Venezuela de Hugo Chávez y Nicolás Maduro, que tras 18 años de gestión gubernamental ha logrado forjar un nuevo sujeto histórico anticapitalista y antimperialista; una unión cívico-militar de nuevo tipo, bajo un liderazgo que debido a las circunstancias se ha venido creciendo y viene llevando a cabo un buen manejo táctico de la crisis.

El guerrero de Dios y la desobediencia civil

Volviendo al terrorismo, un caso reciente fue el tratamiento mediático de los ataques lanzados desde un helicóptero contra el Ministerio del Interior y el Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), en Caracas, el pasado 27 de junio. Los hechos fueron protagonizados por Óscar Pérez, inspector de la Brigada de Acción Especial del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (Cicpc), quien tras despegar en un helicóptero policial de la base La Carlota y sobrevolar la capital, disparó 15 balazos contra el ministerio y lanzó cuatro granadas de origen colombiano y fabricación israelí contra el TSJ.

Inmediatamente después de los ataques fue divulgado un video en Instagram, donde Pérez se declaraba en “desobediencia civil” y junto a “un grupo de militares y policías” llamaba a un golpe de Estado contra el presidente constitucional Nicolás Maduro. Los tripulantes del helicóptero exhibieron una manta donde se leía: “350: LIBERTAD”, en alusión al artículo de la Constitución que señala que el pueblo “desconocerá cualquier régimen, legislación o autoridad que contraríe los valores, principios y garantías democráticos o menoscabe los derechos humanos”.

El canciller Samuel Moncada calificó a Óscar Pérez como un “psicópata” criminal que se hace llamar ‘guerrero de Dios’. Y condenó el silencio de países de la Unión Europea y la Organización de Estados Americanos (OEA) ante lo que catalogó como acciones terroristas.

Algunos medios internacionales intentaron encapsular el hecho o lo presentaron como una operación de bandera falsa. Otros lo exaltaron y glorificaron. En el momento de los ataques en ambos edificios públicos había población civil. Y aunque no se registraron víctimas, por su naturaleza y los efectos que buscaba producir: pérdida de vidas humanas (dado el armamento utilizado), coacción psicológica y temor en la población, sendos actos pueden ser calificados como terroristas.

Como se dijo arriba terrorismo es el uso ilegal, calculado y sistemático de la violencia premeditada para inculcar o provocar miedo e intimidar a una sociedad. Como táctica, es una forma de violencia política contra civiles y otros objetivos no combatientes. Se trata de una acción indirecta, ya que el blanco instrumento (víctimas que no tienen nada que ver con el conflicto causante del acto terrorista), con frecuencia seleccionado por su valor simbólico o elegido al azar (blanco de oportunidad), es usado para infundir miedo, ejercer coerción o manipular a una audiencia o blanco primario, a través del efecto multiplicador de los medios, que pueden ser utilizados además como vehículos de propaganda para desacreditar y/o desgastar al gobierno.

A modo de ejemplo, Orlando Figuera fue apuñalado en la plaza Altamira, rociado con gasolina y convertido en antorcha humana por opositores de la MUD, y Barney Subero, oficial retirado de la Guardia Nacional fue retenido, torturado y asesinado en plena calle en Cabudare, por una banda opositora, ambos, por parecer “chavistas”.

Visto así, el terrorismo es más que la simple violencia, que implica la presencia de dos partes, el agresor y la víctima. El terrorista necesita una tercera parte que pueda ser intimidada por el trato infligido a la víctima.

Huelga decir que el manejo del lenguaje aplicado a las palabras terror y terrorismo ha sido utilizado, en general, como un instrumento semántico por los países poderosos de Occidente y los medios a su servicio. En ese sentido, el lenguaje que se utiliza no es para nada inocente: la palabra terrorismo es aplicada siempre al terrorismo *del otro*, mientras que el propio es encubierto mediante eufemismos. Por ejemplo, “los luchadores por la libertad” de Ronald Reagan en Nicaragua sandinista y los de Donald Trump en la Venezuela actual.

Aunque no tuvo implicaciones militares graves, el caso del helicóptero pareció formar parte de la escalada golpista permanente contra Nicolás Maduro. Aparece como un antecedente del plan opositor denominado Fase Final, que busca incrementar los ataques para caotizar la vida pública e incrementar la violencia de cara a las elecciones de la Asamblea Nacional Constituyente.

La Jornada

<https://www.lahaine.org/mundo.php/venezuela-la-batalla-de-la>